

La mochila de Luis

Por Ilich Avilés Ramírez

Ilustraciones de Ana M. Blancas





Coordinación general: Abel Villanueva Hernández
Coordinación editorial: Karla Ma. Estrada Hernández
Cuidado editorial: Armando Rodríguez Briseño
Ilustraciones: Ana Ma. Blancas Santana
Diseño y formación: Karla Ma. Estrada Hernández

Primera edición: septiembre de 2025

©2025 Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación
Londres 247, colonia Juárez, alcaldía Cuauhtémoc,
06600, Ciudad de México, México.
www.conapred.org.mx

ISBN: 978-607-8864-45-4 (Colección Tatsiu, saltos y aventuras para la igualdad)
ISBN: 978-607-8864-46-1 (La mochila de Luis)

Se permite la reproducción total o parcial del material incluido
en esta obra, previa autorización por escrito de la institución.

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Impreso en México. *Printed in Mexico.*

Tatsiu, saltos y aventuras para la igualdad

¡*Ke'aku*, soy Tatsiu! Seguramente no me conocías, pero a partir de hoy me reconocerás fácilmente. Soy un explorador que recorre la República Mexicana en busca de historias y aventuras para enseñar sobre la no discriminación y el principio de la igualdad de todas las personas sin importar su edad, sexo, género, origen, nacionalidad, creencia, entre otros aspectos de la diversidad humana, ya que a veces pueden sufrir el rechazo y la separación; es decir, exclusión.

Quizá te preguntes sobre el significado de mi nombre. Pues te cuento que quienes me crearon lo hicieron pensando en que yo tuviera mucha sabiduría y cercanía con las personas. Así, me imaginaron como un Conejo con la habilidad maravillosa de saltar de un lugar a otro para recolectar historias, enseñanzas y aprender de otras personas a fin de construir un mundo mejor.

Mi nombre Tatsiu es de origen wixárica. ¿Sabes quiénes somos los wixátari?... Los wixátari, que es la forma plural de wixárika, somos uno de los pueblos originarios de México. Vivimos en la Sierra Madre Occidental, principalmente en los estados de Nayarit, Jalisco, Durango y Zacatecas. Sin embargo, como sabrás, podemos estar en cualquier otra parte porque la humanidad se mueve de un lado a otro por diferentes razones (trabajo, estudio, conocer nuevos lugares, etc.). Lo importante es que, donde sea que estemos, nos reconocerás por nuestro idioma y por expresiones como *pampariutsi*, que significa "gracias" y *ke'aku* que significa "hola".



Entonces, llegados a este punto has aprendido tres palabras en wixárika: "gracias", "conejo" y "hola".

Al darme la identidad de Tatsiu y dotarme de estas características mágicas para comunicarme, sentir, comprender, me he convertido en un ser ancestral, es decir, he vivido muchos años en esta tierra y conozco el pasado y el presente, guardo el saber de los antiguos y comparto ese tesoro con quienes hoy viven lo nuevo de este tiempo.

Mi labor es transformar la realidad de las personas que conozco y que viven discriminación para que su vida sea plena de derechos y libertades.

¡Acompáñame a todas las aventuras que quiero contarte! Cambiaremos el mundo en conjunto para que todas, todes y todos vivamos con dignidad y derechos.



Luis no entendía del todo por qué su familia había dejado Poza Rica tan rápido. No tuvo tiempo de despedirse de Ana, Rogelio y Antonio, sus amigos de la escuela con quienes todas las tardes, después de hacer la tarea, salía a jugar a la calle una “cascarita” o solamente hacían volar su imaginación con escenarios ficticios en los que apagaban incendios con sus camiones invisibles de bomberos, eran científicos, arquitectos, diseñadores, docentes y un sinnúmero de profesiones que día a día les daban ideas de lo que querían ser cuando fueran grandes.

En estos juegos, tomaban todo lo que había a su alrededor, como los árboles, las casas, los animales, las estructuras abandonadas de una obra en construcción, entre otros espacios, para crear escenarios de un mundo futuro en el que estarían presentes, acompañándose.

En la mente de Luis se despertó vivo el recuerdo de cuando una tarde vieron pasar grandes maquinarias frente a su calle y escucharon el rumor de la boca de sus padres sobre una gran construcción que harían en Poza Rica. Un hotel inmenso que no se podría comparar con otro en los alrededores. El proyecto prometía ser la cereza del pastel para que el



turismo en el norte de Veracruz tuviera miles de visitantes; pues donde Luis vivía, a pesar de que no estaba frente a la playa, era una zona llena de árboles, de siembra de café y de cultivos de frutas tropicales que hacía que muchas personas subieran del centro de la ciudad para alejarse y disfrutar del clima fresco que caracterizaba al Cerro del Mesón.

Ese día, al ver la inmensidad de las máquinas, Luis y sus amigos decidieron jugar a ser constructores; tomaron tierra del camino que, con el pasar de los autos, levantaba nubes de polvo, y la mezclaron con agua hasta que se convirtió en un barro espeso que se pudo manipular, y así hicieron su ciudadela en la esquina de la casa de Luis.

Cada quien diseñó al menos cuatro edificios diferentes, sin olvidar los lugares esenciales como escuela, hospitales, parques y un gran centro de diversiones muy parecido a los que habían visto en la televisión, con montañas rusas, carros chocones y otros juegos mecánicos espectaculares que hasta el día de hoy no saben si ya existen.

Ana, por ejemplo, les contó de un juego que inventó en su parque de diversiones, en el que las personas de cualquier edad y estatura podrían entrar en unos módulos circulares y que, a través de una fuerza magnética, lograrían controlar la dirección por la cual el módulo se dirigiría hasta llegar a una gran alberca en la que se sumergirían y navegarían debajo del agua. Luis, Rogelio y Antonio se quedaron boquiabiertos con esa idea tan genial. Algo de lo que estaban seguros era de que, aunque sus ideas no eran posibles hoy, en el futuro las podrían hacer realidad.

De repente irrumpió con fuerza un recuerdo que había sido recurrente en Luis: esa noche en la que Patricia, su mamá, lo levantó de la cama:

—¡Mijo, despierta! Tenemos que irnos —le susurró en la oscuridad de la noche.

“¿Por qué hablaba tan bajito?”, se preguntó Luis.

A pesar de que Patricia se esforzaba por no mostrarse preocupada, era imposible que Luis no percibiera la angustia que ella, con su cuerpo y rostro tensos, gritaba. Luis se daba cuenta de que su mamá quería disimular lo que sentía, pero él era muy inteligente y sabía que muchas veces las personas adultas no comprenden que los niños y las niñas

pueden ver más allá de lo evidente; que pueden percibir emociones con facilidad y no están ausentes.

Fue alrededor de la medianoche cuando recibió su mochila de las manos de mamá. La misma mochila que usaba para la escuela, ahora servía de maleta en la que llevaría su ropa favorita, el uniforme escolar y algunos objetos de valor que su madre consideró que serían importantes para él: la foto familiar que el último año se tomaron frente a la playa y en la que aparecían Luis, su mamá, su papá y sus abuelitos paternos, que eran a los que más veía, pues vivían a sólo veinte minutos en camión desde su casa.

Cuando Luis salió de su recámara, vio a su papá en el marco de la puerta con una cara de tristeza. Miraba con nostalgia cada esquina de la casa y Luis pudo sentir cómo eso era una forma de despedida de este



lugar que les vio crecer como familia. Carlos, su papá, al ver a Luis, se inclinó hacia él para decirle:

—Mijo, todo estará bien. Iremos a una ciudad muy bonita que se llama Querétaro. Allá mi compadre Alfonso nos está esperando. ¡Vas a ver que te gustará! Dentro de poco regresaremos para que te despidas bien de tus amiguitos, pero hoy tenemos que irnos.

—¿Y mis abuelitos? —preguntó Luis.

—Ellos están bien. Mañana les hablaremos por teléfono para que los escuches. ¡Y pronto también los visitaremos! —respondió su papá.

Fue un largo camino por carretera, pero, en efecto, al llegar a Querétaro los ojos de Luis se abrieron de asombro. Era una ciudad hermosa. Recuerda que durmió todo el trayecto en el auto abrazado de su mamá y que, cuando despertó, vio unos grandes arcos hechos de piedra, que luego supo que no sólo le daban una buena imagen a la ciudad, sino que siglos atrás éstos sirvieron para abastecerla de agua y que, además, había una leyenda de amor relacionada con ellos.

A pesar de que era una ciudad muy bonita, el primer fin de semana que estuvieron allí, Luis





sintió mucha nostalgia porque, en otro escenario, ese domingo él estaría con sus abuelitos en Tecolutla, una de las playas más cercanas a Poza Rica, a la que solían ir, ya que ahí “el huatape de camarón es el mejor”, como solía decir su abuela Martina. En ese momento sólo sabía que ya no podía ver a sus abuelitos, ni sentir la brisa del mar. Ahora estaba en Querétaro, una ciudad que, viéndolo bien, le parecía fría, seca y llena de miradas curiosas.

Luis podía reconocer que había cosas que le gustaban mucho del sitio al que se mudaron. Su nueva colonia se llamaba Las Américas y estaba muy cerca del centro histórico de la ciudad. Por las mañanas cuando se preparaba para ir a la escuela, podía escuchar el bullicio de los



vehículos en la avenida principal a dos cuadras de su casa. Pensaba: “¿Y si estuvieran aquí Ana, Rogelio y Antonio? Seguramente nos asomaríamos por la ventana para ver los automóviles y escoger aquellos que nos gustaran más, o bien inventaríamos nuestros propios medios de transporte con materiales reutilizados como cartones, botellas, juguetes viejos, ropa...”.

Le ilusionaba la idea de invitar a sus fieles acompañantes de Poza Rica a su nuevo hogar. Además de darles una vuelta por el centro histórico, donde en cada esquina podrían ver diferentes monumentos y edificios majestuosos como la Casa de la Corregidora, el Teatro de la República —que tiene un significado impresionante en la historia

mexicana, pues fue donde se promulgó la Constitución de 1917—, el Museo de Arte y el Museo Regional, entre otros... pero, sobre todo, le fascinaba el poder mostrarles los grandes jardines que había en el centro, donde seguramente jugarían sobre el pasto. De acuerdo con la temporada del año, esos jardines se adornaban con flores o diseños alusivos a las distintas festividades, como Día de Muertos, Navidad, la Independencia...

Recordó que uno de sus primeros días en Querétaro, visitaron una parte alta de la ciudad, donde nacían los arcos de piedra, llamada el barrio de la Cruz. Ahí estaba el exconvento de la Santa Cruz, que en su interior tenía un árbol con espinas en forma de cruz. ¡Guau! ¿Cómo era posible esto? Al caer la tarde, se quedaron en el mirador para contemplar los colores del cielo y ver cómo a cada minuto oscurecía, pero al mismo tiempo la ciudad se iluminaba con las luces de las casas y las farolas del alumbrado público.

Aun con todo esto que lo cautivaba de la ciudad,



sentía nostalgia por su casa en Poza Rica, por lo que, en su mochila, siempre cargaba la foto emblemática frente a la playa para recordar lo feliz que fue en ese lugar ahora tan distante.

Un día, en su nueva escuela, mientras miraba esa imagen en el recreo, se le acercó Graciela, una compañerita de clases que desde el primer día fue muy amable con él.

—Hablas raro —le dijo ella.

—¿Raro? —preguntó Luis.

—Sí, dices palabras que aquí nadie usa. ¿De dónde eres?

—De Poza Rica, Veracruz —respondió con mucho orgullo.

—¿Poza Rica? ¡Qué bonito nombre! Me la imagino como una gran alberca, como una poza... y que el agua está rica, es decir, que no está ni fría ni caliente —aclaró Graciela, esbozando una gran sonrisa.

Ambos se rieron del comentario y, a partir de ese momento, se hicieron muy cercanos. Luis no había pensado antes en el significado de Poza Rica y, a pesar de que éste no era el significado correcto, lo ilusionó que en el nombre encontrara por qué le hacía tanta falta la cercanía del mar, pues éste era parte de su historia.

No todos en la escuela eran así de amables como Graciela. Había algunos niños y niñas que no se le acercaban o, peor aún, cuando lo veían se alejaban de él por ser el niño nuevo y por verse diferente. ¿Diferente?... ¡Sí! Luis había notado que pocas compañeras y compañeros tenían el cabello tan “chino” o rizado como el suyo y que su tonalidad de piel era más oscura que la del resto de todo el plantel y, por qué no decirlo, del resto de la gente de la ciudad.

Hasta el momento había conocido sólo a cuatro personas que compartían esta apariencia aparte de él y sus padres: el compadre de su papá, Alfonso, su esposa Hermilia y sus dos hijas, Priscila y Marcela. No había pensado antes en preocuparse por verse diferente, hasta que al pasar de los días en su nueva ciudad reconoció con tristeza que no había hecho amigos tan cercanos como los que tenía en Poza Rica.

Una tarde, cuando caminaba por un parque entre la escuela y su casa, el viento sopló con fuerza, revolviendo las hojas secas a su alrededor. Una vez que el polvo se disipó, Luis vio algo maravilloso: un conejo mucho más grande que cualquier otro, pues era de su tamaño; tenía orejas largas y su cuerpo muy sedoso. Pudo notar su mirada agradable y los saltos que daba para acercarse a él, mientras sus largas orejas se sacudían en el aire.

Luis no podía saber si lo que estaba viendo era real o no, si se trataba de su imaginación o de un efecto mágico propio de Querétaro. Hasta que lo tuvo de frente, pudo corroborar que eso estaba sucediendo.

—Te he estado esperando, Luis —dijo el conejo con una voz profunda y tranquila.

Luis parpadeó varias veces. “¿Los conejos hablan?”, se preguntó. “¿Cómo supo mi nombre?”

—¿Quién eres? —le dijo, sin poder apartar la mirada de ese extraño animal.

—Mi nombre es Tatsiu —respondió el conejo, acomodándose sobre sus patas traseras—. Soy guardián de los caminos y de las historias que el viento susurra. Mi nombre no es tan complejo, pues significa “conejo”

en castellano, pero de donde yo vengo las palabras trascienden el tiempo y los idiomas. Soy un ser ancestral que ofrece palabras sabias a quienes lo necesitan... Tú, Luis, ¿tienes alguna historia que contarme?

El niño frunció el ceño.

—Yo no tengo ninguna historia. Sólo extraño mi casa.

—¿Qué traes en la espalda?

—¿Te refieres a mi mochila?

Ha sido mi fiel acompañante desde esa noche que salimos apresuradamente de Poza Rica. En ella traigo cosas que me recuerdan la alegría de mi hogar —añadió, sacando la foto con su familia frente a la playa. Se la mostró a Tatsiu y exclamó:

—Como esta foto...

Tatsiu observó la fotografía, se sentó a su lado y recogió una hoja del suelo.

—¿Sabes lo que hace el viento? —le preguntó.



—Nos da aire, que nos ayuda a respirar y a quitarnos el calor. Aunque cuando sopla fuerte hace mucho ruido —contestó Luis.

—Sí, pero también lleva consigo historias y recuerdos. El viento ha viajado desde Poza Rica hasta aquí. Si cierras los ojos y escuchas con atención, puede traerte lo que extrañas.

Luis cerró los ojos y dejó que el viento le rozara la cara. De repente, su mente se llenó de imágenes y sensaciones: el sonido de las olas de Tecolutla, la risa de sus abuelitos, el olor a comida que extrañaba. Por un instante, sintió que estaba en casa.

—Pero... ¿cómo puede ayudarme eso? Si ya no estoy allá, yo no puedo vivir de recuerdos —preguntó Luis al abrir los ojos.

—Porque el viento también puede enseñarte cosas nuevas —dijo Tatsiu—. Aquí no hay mar cercano, pero hay montañas que guardan historias antiguas. No están tus abuelitos, pero hay gente que puede





abrazarte con su cariño. Y aunque Poza Rica siempre será tu hogar, también puedes hacer un nuevo hogar aquí.

Luis se quedó pensando. Nunca había visto a Querétaro como algo más que un lugar extraño. Pero tal vez, si miraba con otros ojos, podría encontrar pequeños tesoros escondidos.

—Es tu memoria. Todo lo que has vivido sigue en ti. Pero también hay un camino por descubrir.

Con un movimiento de sus orejas, el polvo cambió de forma y ahora Luis vio montañas, caminos de piedra, cielos infinitos.

—Querétaro es distinto, sí, pero también tiene su propia música, sus propias historias. El mar te enseñó a escuchar el agua. Aquí, el viento te enseñará a escuchar la tierra.

Luis miró las imágenes que flotaban en el aire y sintió, por primera vez en meses, algo parecido a la alegría.

—¿Y si me olvido de Poza Rica? —susurró.

Tatsiu negó con la cabeza.

—Nunca olvidarás tu hogar, porque lo llevas dentro. Pero ahora también puedes hacer un nuevo hogar aquí. Piensa que tu mochila no sólo carga el pasado, lo que extrañas y atesoras, sino también te permite ahora guardar nuevos recuerdos y momentos alegres del presente para que en el futuro veas toda la bondad que te ha rodeado.

Luis miró al conejo y luego al cielo, donde el viento seguía danzando con las hojas. Quizá, después de todo, Querétaro también tenía algo para él.

—¿Me enseñarás? —preguntó.

Tatsiu asintió y, con una última ráfaga de viento, desapareció. No obstante, Luis supo que su amigo siempre estaría cerca.

Cuando llegó a su casa, corrió a abrazar a sus padres. Supo que, al igual que él, ellos también estaban acostumbrándose a todo lo nuevo que Querétaro les ofrecía. Sabía que igualmente sentían las miradas extrañas de sus vecinos, pero que, con mucha honra, caminaban por la calle reconociendo que eran diferentes pero iguales en derechos, y él así lo haría también.

Esa noche habló por teléfono con su abuela Martina y le dijo:



—Abuelita, es cierto lo que dices, no hay mejor huatape de camarón que el de Tecolutla. ¡Imagínate que aquí ni hay! Pero cuando vengas a visitarnos, te vamos a llevar a comer las mejores gorditas de migas que vas a probar en tu vida y, a cambio, cuando vayamos a visitarte, nos llevarás a saborear ese rico huatape. ¿Qué? ¿Cómo que no sabes lo que son las gorditas de migas? Son hechas de maíz, como las demás gorditas, pero en el centro las rellenan de migajas de chicharrón prensado y luego le puedes poner queso, crema, cebollita picada, salsa y lechuga. ¡Son exquisitas!

La abuela Martina reía al teléfono al escuchar lo animado que estaba el niño por verles próximamente, ya sea en Querétaro o en Poza Rica. También se alegró mucho al escuchar las aventuras que surgían de la amistad de Luis con Graciela y de un tal Tatsiu, de quien escuchó una historia que no terminó de entender, pero que al parecer le cambió la vida a su nieto.

Al día siguiente, Luis despertó muy alegre para irse a la escuela porque quería contarle a Graciela, con lujo de detalles, todo lo que había pasado. Apenas llegó al plantel, la buscó y, antes de empezar las clases, abrió su mochila, la que le había acompañado en la travesía hacia su nuevo hogar en Querétaro. Sacó su lonche y lo compartió con ella, mientras le contaba sobre Tatsiu y lo que había aprendido sobre la memoria y las nuevas oportunidades de hacer más de un hogar.

—¡Tatsiu!... ¿Has dicho Tatsiu? ¡Qué increíble! —exclamó Graciela—. Algunos amigos y amigas también le han visto. Cuentan que es un ser

ancestral que nos puede ayudar cuando tenemos algún problema y no sabemos cómo resolverlo. La vida es muy buena contigo, Luis, te dice con todas estas señales que no has estado ni estarás solo.

Graciela estaba maravillada con los detalles del encuentro entre Tatsiu y Luis. Y le afirmó:

—Tatsiu tiene la razón. No importa cómo nos vemos, de dónde venimos, las historias que contamos... todos y todas somos iguales y podemos crear nuevos hogares en el lugar en donde estemos. Anda, vamos a jugar y enseñarle a las demás personas que no le tengan miedo a las diferencias, porque juntos y juntas podemos hacer un mundo mejor.

Desde ese día, Luis se sintió más acompañado, y abrió sus ojos para ver si a su alrededor había niños y niñas que se sintieran tristes o aislados, para acercarse y decirles: “No estás sola, no estás solo... ¡Vamos a jugar, estoy contigo!”. En su mochila ya no sólo cargaba sus cuadernos y la fotografía frente a la playa con sus



abuelitos; además, iba acumulando las memorias de su nuevo hogar, como una hoja de otoño, una fotografía con su amiga Graciela, un dibujo que le dio su maestro como regalo por sus buenas calificaciones, entre otras cosas. Su mochila es el baúl lleno de tesoros que le recuerda quién es, de dónde viene y hacia dónde quiere ir.

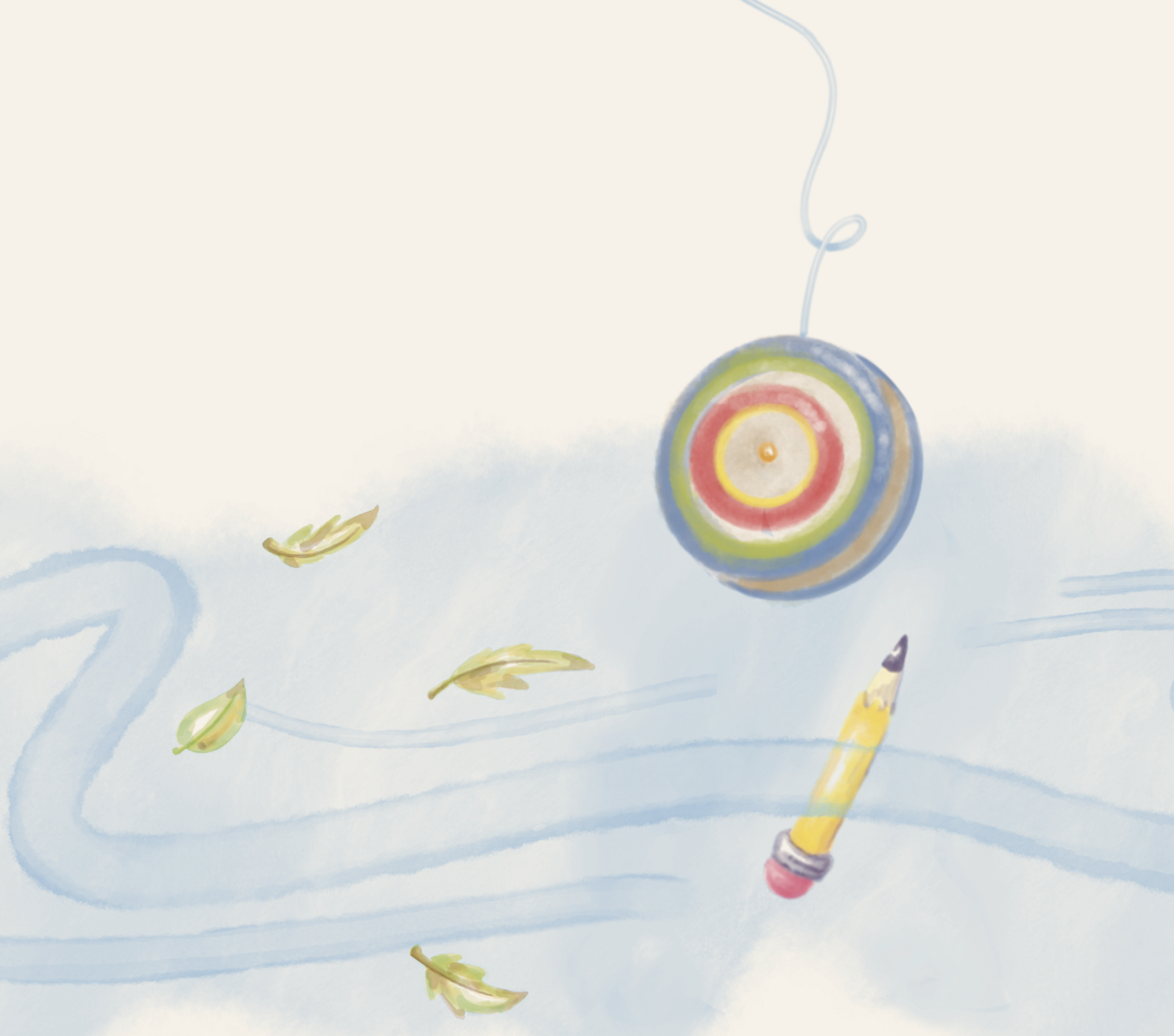
En algún retorno del viento, estaba Tatsiu sintiéndose orgulloso de que sus palabras dieran luces y alternativas para que las niñas vivan su vida con libertad e igualdad.





La mochila de Luis de la colección *Tatsiu, saltos y aventuras para la igualdad*, se terminó de formar en septiembre de 2025, para su composición se utilizaron las tipografías
Noto Sans y **Patria**.





Gobierno de
México

Gobernación
Secretaría de Gobernación



CONAPRED
CONSEJO NACIONAL PARA PREVENIR
LA DISCRIMINACIÓN